

SINTAXIS DEL ESPANTO, SINTAXIS MILITANTE. DE LA RESISTENCIA INDIVIDUAL A LA COLECTIVA: UNA LECTURA DE LOS EPÍLOGOS DE OPERACIÓN MASACRE DE RODOLFO WALSH*

Graciela Foglia**

Resumen: *El objetivo de este trabajo es comentar los epílogos de cada una de las ediciones de Operación masacre (1957, 1964, 1969, 1972) de Rodolfo Walsh y un capítulo más, el 37, "Aramburu y el juicio histórico" (1972), teniendo como base teórica la reflexión sobre las relaciones entre literatura y testimonio. La opción por pensar cada uno de esos capítulos como parte de la misma secuencia se debe a que es allí donde mejor se acompaña el recorrido que indica una convergencia entre las instancias de narrador, autor y ciudadano.¹*

En 2007 se cumplen cincuenta años de la primera publicación de *Operación masacre* y treinta del asesinato y desaparecimiento de su autor, Rodolfo Walsh, crimen perpetrado por los militares en el poder durante la última

* Recebido para publicação em junho de 2007.

** Professora de Faculdade de Letras/UFMG.

¹ Este trabajo forma parte de la tesis de doctorado *Rehacer y resistir: el proceso de escritura de Operación masacre de Rodolfo Walsh*, presentada en la Facultad de Filosofía, Letras e Ciências Humanas de la Universidad de São Paulo, en agosto de 2005 y fue leído en el 1^{er} Seminário de Literaturas estrangeiras em diálogo: "Poéticas da violência: da bomba atômica ao 11 de setembro". Universidade de São Paulo, Brasil. Departamento de Letras Modernas (FFLCH-USP) e GT-Literaturas Estrangeiras da ANPOLL.

dictadura (1976-1983) en ese país. Autor y obra, que marcan los años 60, son ampliamente conocidos en Argentina y Latinoamérica por diferentes públicos, académico o no, ya sea por lo que significaron en el ámbito de la literatura o del periodismo o por el compromiso ético y/o militante del autor. En Brasil, sin embargo, salvo en algunos espacios académicos, Rodolfo Walsh y su obra son poco conocidos. Con este trabajo me gustaría acercar a ambos al medio académico.

INTRODUCCIÓN

La noche del 9 de junio de 1956, algunas personas se hallaban reunidas de casualidad en una casa del Gran Buenos Aires para escuchar una pelea de box; varias de ellas ni siquiera se conocían entre sí. En el momento en que se disponían a marcharse, irrumpe violentamente la policía y las lleva detenidas. Al principio no saben por qué; de a poco, mientras esperan en la comisaría, irán teniendo noticias de que se está produciendo un alzamiento militar, una revolución. A partir de ese momento comienzan a temer por sus vidas. Y no se equivocan: ha sido dada la orden de fusilarlas. La orden es cumplida, por la policía de la provincia de Buenos Aires, durante la madrugada del 10 de junio, en un basural de la localidad de José León Suárez. Al fusilamiento sobreviven, por lo menos, siete de los detenidos, uno de los cuales, meses después, denuncia el hecho ante la justicia. Rodolfo Walsh se entera de los fusilamientos y decide investigarlos y hacerlos públicos.

Operación masacre es la obra que escribe Walsh como producto de dicha investigación: la perplejidad que le genera descubrir la práctica de la violencia como política de Estado lleva al autor a escribir este texto que pone en tensión los cánones

del periodismo y de la novela. En una "Nota autobiográfica" de 1965, Walsh afirmaba: "*Operación masacre* cambió mi vida. Haciéndola, comprendí que además de mis perplejidades íntimas, existía un amenazante mundo exterior." (WALSH, 2000, p. 241).

El espanto del narrador ante el crimen es descubrir que los "hombres comunes" —categoría social amplia de la que él mismo forma parte— son, para el Estado, portadores de vida *nuda*, de vida aniquilable. Tomo este concepto de las reflexiones del filósofo italiano Giorgio Agamben, desarrolladas en la trilogía *Homo Sacer*. Allí sostiene Agamben que el poder político del Estado moderno está fundado en la separación de los hombres con derechos y deberes políticos, cuya vida es la del ciudadano (*Bios*), de aquellos de vida nuda (*Zoé*), los excluidos, es decir, cuya vida puede ser aniquilada sin que eso se convierta en un crimen. Para los griegos, la palabra *zoé* expresaba "el simple hecho de vivir común a todos los seres vivos (animales, hombres o dioses)" y *bios*, "significaba la forma o manera de vivir propia de un individuo o de un grupo." (AGAMBEN, 2001, p. 13).

Frente al aniquilamiento, la novela se configurará no solo como un espacio de denuncia y resistencia al discurso legitimador del terrorismo de Estado, sino también, y sobre todo, como el lugar de la búsqueda del narrador por comprender un mundo que de repente se le vuelve hostil y violento. *Operación masacre* será escrita y reescrita, a lo largo de quince años: serán modificados prólogos y epílogos; agregadas algunas partes, desechadas otras; el narrador ensayará diferentes lugares desde donde relatar los hechos, en busca de comprender la violencia desatada aquella noche del 9 de junio de 1956. Pero la respuesta no llegará. Y por eso mismo, porque es imposible comprender el crimen del Estado, el texto

mantendrá una estructura básica que permanecerá la misma a lo largo del tiempo, como prueba de que algo se ha roto para siempre. Aquí pienso en las formulaciones de Georg Lukács sobre la novela. Esta sería la forma que surge cuando se quiebra la armonía entre alma y mundo, entre existencia y esencia; "...é sempre o sintoma de uma laceração entre o interior e o exterior, significativa de uma diferença essencial entre o eu e o mundo, de uma não-adequação entre a alma e a ação (LUKÁCS, 2000, p. 26). Ante ese desgarramiento, la búsqueda del héroe "demoníaco" de Lukács (o "problemático", en la formulación de Goldman) es la que determina la forma de la novela, que "...busca descobrir e construir [...] a totalidade oculta da vida [...] Assim, a intenção fundamental determinante da forma do romance objetiva-se como psicologia dos heróis romanescos: eles buscam algo." (LUKÁCS, 2000, p. 60).

Ambas características —la búsqueda de sentido y la imposibilidad de retornar a un estado de armonía— hacen que *Operación masacre* pueda ser leída como novela de testimonio²: testimonio, porque su universo es el de la vida *nuda*; novela, porque ese universo impone la necesidad de buscar el sentido de la vida.

La estructura original de *Operación masacre*, la que prácticamente no cambia a través de las cuatro ediciones publicadas mientras Rodolfo Walsh todavía estaba vivo —1957, 1964, 1969 y 1972—, consta de tres partes, "Las personas", "Los hechos" y "La evidencia". La tercera, dedicada a "dialogar" con las pruebas, siempre cierra con un "Epílogo". Aunque *Operación masacre* está marcada por un contar y recontar —desde diferentes ángulos y voces—, los

² Se puede leer una sistematización de las reflexiones sobre literatura de testimonio en De Marco, Valeria. En "A literatura de testemunho e a violência de Estado". (DE MARCO, 2000, p. 45-68)

epílogos fueron no solo el lugar privilegiado de resistencia y denuncia, sino también, y fundamentalmente, de ese rehacer incesante, al ritmo de la historia del país, en busca del sentido de aquel “amenazante mundo exterior” con el que de repente se deparó el narrador.

Por eso vemos que en 1957, cuando Rodolfo Walsh todavía creía en la justicia y el Estado, era antiperonista y uno de los tantos intelectuales de izquierda que había apoyado la llamada “Revolución Libertadora” (régimen bajo el cual tienen lugar los fusilamientos clandestinos), el relato de los hechos históricos, en el epílogo, se hace desde el yo de la memoria, desde lo subjetivo e individual, con una sintaxis cargada de adjetivos y repeticiones. Pero a medida que pasan los años y el crimen no es reparado y el autor se acerca a la militancia, el relato se apoya, cada vez más, en formas de objetivar los hechos y la historia pasa a ser entendida como colectiva, como la historia de todos. Se produce entonces, en el relato, un distanciamiento del yo del narrador a medida que el autor entiende la historia como historia colectiva.

Aquí me detendré en los epílogos de cada una de las ediciones y un capítulo más, el 37, “Aramburu y el juicio histórico”, publicado en la cuarta edición (1972). La opción por pensarlos juntos —epílogos de cada edición y capítulo 37—, como parte de una misma secuencia, se debe a que es allí donde mejor se acompaña el recorrido que puede indicar la convergencia entre las instancias del narrador, del autor y del ciudadano: la definición política, la toma de posición, la opción por dejar lo individual y sumergirse en lo colectivo se reflejan en la escritura de estos capítulos.

SINTAXIS DEL ESPANTO

Aunque en el "Provisorio epílogo", de 1957, está el germen del último capítulo que Walsh escribirá para *Operación masacre*, el 37, "Aramburu y el juicio histórico", allí se lee sobre todo una argumentación a favor de la paz y contra las "revoluciones" de cualquier tipo. Tanto es así que, en esa época, 1957, el narrador homologaba bajo el mismo rótulo hechos históricos de diferente sentido. La "revolución" de junio de 1955 fue un intento fallido de golpe contra el general Perón, que había sido democráticamente elegido, intento derrocado por los partidarios del gobierno, y en el cual las Fuerzas Armadas bombardearon a la población civil en Plaza de Mayo; en septiembre de 1955 hubo un golpe de Estado, también contra Perón, pero esta vez triunfante; y en junio de 1956, lo que se produjo fue un levantamiento cívico-militar contra el gobierno golpista de 1955, con el fin de restaurar al peronismo depuesto del gobierno constitucional.

La argumentación en el "Provisorio epílogo" está construida a partir del recuerdo de algunas experiencias personales del autor-narrador durante dichas "revoluciones". Recuerda, "sin remordimiento", su apoyo a la autodenominada Revolución Libertadora, en septiembre de 1955, que creyó como muchos que llegaría para ponerle fin a "un sistema que burlaba las libertades civiles". Prueba del no remordimiento es que, un tiempo antes, en junio, cuando del intento de golpe contra el gobierno del general Perón, Walsh había escrito un artículo elogioso en homenaje a tres aviadores, uno de ellos peronista, muertos durante la intentona. El otro recuerdo decisivo del narrador es la muerte de un conscripto en la puerta de su casa, durante el levantamiento cívico-militar de 1956 (durante el cual se produjeron los fusilamientos clandestinos que narra

Operación masacre). El impacto que estas experiencias dejan en el autor-narrador, sin duda, es el que dicta el deseo de suscitar "el horror a las revoluciones". La construcción del relato de cada uno de estos episodios está hecha con tal idea: en ellos abunda una acumulación de adjetivos "tremendistas", verbos que evocan muerte y sufrimiento, repeticiones de palabras o de estructuras oracionales que refuerzan esos sentimientos, siempre desde una perspectiva personal, como se ve a continuación:

"...Esos restos carbonizados e irreconocibles de tres hombres [los aviadores], dos revolucionarios y un peronista, dentro de un mismo avión hecho pedazos, caídos en una misma lucha, consumidos en idéntico fuego de heroísmo, significaban algo indudablemente. Eso era un signo, eso era una advertencia, eso era un símbolo tremendo, eso era un pacto sellado con sangre. ¿Qué decir ahora, a casi dos años cuando los miopes, los cobardes y los torpes no han hecho más que violar semejante compromiso? Sólo se me ocurre decir: afortunados aquellos tres, que están muertos, unidos e intocados en su gloriosa eternidad."
(WALSH, 1994: 290)

La descripción de los cuerpos en el avión: carbonizados e irreconocibles, hermanados en la muerte; la enumeración de los motivos que llevaron a la unión de esos cuerpos; la búsqueda y acumulación de significado, reforzadas por la misma sintaxis, para intentar explicar, para intentar darle una forma al relato de esas muertes; y la conclusión, un elogio de la muerte heroica, no pueden producir, en el lector,

otra sensación que la de espanto. El mismo dolor provoca la descripción de la muerte del conscripto, descripción que acumula por repetición, la idea de soledad y abandono:

“...Escuché el grito de terror y soledad que lanzó al caer, cuando la patrulla tomada de sorpresa se replegó momentáneamente: “¡No me dejen solo! ¡Hijos de p..., no me dejen solo!” [...] Bernardino Rodríguez, de 21 años, murió creyendo que sus camaradas, sus amigos, lo abandonaban en la muerte. Y eso me dolió entonces, y me sigue doliendo ahora, como tantas cosas inútiles.” (WALSH, 1994, p. 292)

Y son el espanto, el dolor y el deseo explícito del narrador de “suscitar... el horror a las revoluciones”, que lo llevan a afirmar, casi al fin del epílogo, en una oración sola que constituye un párrafo, y que parece una conclusión: “Solo un débil mental puede no desear la paz.” Sin embargo, inmediatamente, en otra oración sola, se lee: “Pero la paz no es aceptable a cualquier precio.” (WALSH, 1994, p. 293)

Ambas afirmaciones se destacan como conclusión. Es como si el narrador nos hubiese hecho acompañarlo en ese recorrido “intimista” de la memoria con la idea del horror a las revoluciones, para prácticamente cerrar el capítulo con esa frase que quedará resonando en la memoria (“la paz no es aceptable a cualquier precio”). Pero a continuación hay un párrafo más, un párrafo explicativo de la frase, que muestra que el narrador no está seguro del poder de la palabra, que necesita decir todo, explicar todo: “Y siempre habrá en germen nuevos levantamientos, y nuevas olas de insensata revancha [...], mientras se mantengan al frente de los organismos represivos del Estado hombres como el actual Jefe de Policía de la Provincia de Buenos Aires...” (1994, p. 293)

Aunque la frase y su explicación, sin duda, dialogan con el discurso de la gente "bien pensante" de la época (antiperonistas, en general), y por eso mismo se constituyen también como alerta o resistencia a dicho discurso, no puede dejar de observarse que su presencia disminuye la contundencia, la efectividad de las dos oraciones anteriores.

Aunque, como ya dije, se puede afirmar que la conciencia contenida en aquellas dos afirmaciones ("Solo un débil..." "Pero la paz...") es el "germen" de lo que luego será "Aramburu y el juicio histórico" todavía faltan algunos años para la escritura de dicho capítulo. Así, aparentemente, el "Epílogo" de 1964 tendrá la misma estructura que el de 1957: todavía encontramos un relato a partir de lo personal —se anuncia como un balance de ganancias y pérdidas en primera persona—, aunque, a diferencia de lo que acontecía en el anterior, en el cual las referencias eran a sucesos no directamente relacionados con la *Operación masacre*, ahora todo girará alrededor de los hechos investigados y narrados en el libro.

En el balance, las ganancias ocupan un solo párrafo: el narrador dice que aclaró hechos inverosímiles casi con la única ayuda de "una muchacha y unos pocos hombres acosados que eran las víctimas"; que se sobrepuso al miedo, al propio y al de aquellas; que consiguió que los involucrados hablaran; y también, que después de algunos años, se reencontró con Troxler —"con la sonrisa infantil de Troxler"— y no hablaron del fusilamiento. Las pérdidas, en cambio, fueron muchas. Primero, las sociales e históricas: ningún gobierno —ni el de Aramburu, ni el de Frondizi, ni el de Guido— reconoció que la noche del 9 de junio "se cometió una atrocidad" y no hubo ningún tipo de reparación para las víctimas, ni moral ni material. Al contrario, los victimarios fueron ascendidos.

Después de un repaso por todos y cada uno de los casos de impunidad de las Instituciones en relación a la *Operación masacre* leemos el siguiente pasaje: "Entonces me pregunté si valía la pena, si lo que yo perseguía no era una quimera, si la sociedad en que uno vive *necesita* realmente enterarse de cosas como éstas." (1994, p. 298) [la bastardilla es mía].

Decía al principio de esta parte que el epílogo de 1964 tiene aparentemente la misma estructura que el de 1957. Sin embargo vemos que, a pesar del recurso a la memoria personal, de la construcción asertiva en la enumeración de crímenes, el foco ha cambiado: el autor-narrador ahora se pregunta, se indaga. Si nos dejáramos seducir por "el sonido de las palabras" podríamos creer que estamos frente al cansancio y la desilusión provocados por la impunidad. Sin embargo, en la construcción de esas preguntas retóricas ("Entonces me pregunté..."), ambiguas, podemos observar que al usar el verbo "necesitar", en lugar de "querer", por ejemplo, el narrador deja realmente las necesidades de la sociedad en el plano de la duda y no en el de la voluntad, porque la voluntad puede ser individual y puede excluir el nivel de la conciencia. Y el narrador sabe de eso; no en vano plantea su "duda" después de volver, como vimos, sobre la impunidad del Estado.

Y aún más. Después de enumerar las pérdidas personales —la pérdida de "la ilusión en la justicia, en la reparación, en la democracia, en todas esas palabras" y la desilusión en relación al propio oficio de periodista—, el epílogo finaliza con una afirmación: "Releo la historia que ustedes han leído. Hay frases enteras que me molestan, pienso con fastidio que ahora la escribiría mejor." y una pregunta "*¿La escribiría?*" (1994, p. 298). Se podría pensar que este final viene como remate del desánimo anunciado; como un recurso de distracción del lector, una pista falsa; podría entenderse como una forma de

“cambiar de asunto”, de no referirse ni a la desilusión ni a la muerte. Pero observemos que el asunto sigue siendo el mismo: ante la violencia del asesinato, la reacción es denunciar, es oponerse al decir del Estado interpelando a los asesinos, es argumentar para demostrar que los fusilamientos fueron un crimen; y siempre desde la escritura, buscando una forma para el relato que sea contundente, que resista, que se sobreponga a la voz del Estado. Por eso, el autor reescribirá y continuará reescribiendo.

Pienso que aquí también está el Walsh que años más tarde, aun después de la muerte de su hija en combate contra la policía y el ejército, sigue resistiendo con la escritura: funda ANCLA, la Agencia de Noticias Clandestina: “De estructura artesanal y alimentada sobre la base de información popular, ANCLA funcionó como una herramienta política ofensiva en el marco de la resistencia a la última dictadura militar (1976-1983).” (VINELLI, 2000, p. 11). Algunos críticos se refieren a la “fascinación de la muerte” en algunos textos de Walsh (en particular en “Carta a Vicki”). Pienso que si la fascinación fuese tal, no habría habido resistencia, no habría habido escritura.

SINTAXIS MILITANTE

En 1969, el epílogo será totalmente otro: lo que era una búsqueda apasionada por explicar el crimen, por reestablecer la justicia, por reestablecer el orden perdido, que se traducía en una sintaxis espantada y apasionada, ahora se ha transformado en conocimiento y sarcasmo. A pesar de que el narrador todavía echa mano de los recuerdos personales para relatar la historia, abandona el tono intimista; su lenguaje, casi despojado de adjetivaciones, está más próximo al de la militancia política. Elige hacer una enumeración seca de los

fusilamientos de aquella noche y de los días posteriores y traza el "retrato de la oligarquía dominante", una vinculación entre los asesinatos y los factores de poder económicos.

Aquí, la enunciación más reposada obliga al lector a establecer sus propias relaciones entre unos hechos y otros; el narrador ya no dice todo explícitamente. Así, recuerda que había elegido como método para escribir *Operación masacre* renunciar al "encuadre histórico" ya que en aquel momento: "Se trataba de presentar a la Revolución Libertadora [...] el caso límite de una atrocidad injustificada, y preguntarles si la reconocían como suya, o si expresamente la desautorizaban." (1994, p. 231). De esta manera, al recuperar el intento de diálogo con el Estado — indicado por el verbo "preguntar" — y el hecho de que sea un diálogo frustrado — "se trataba", ya no —, sin necesitar decirlo expresamente, se pone de relieve el autoritarismo del gobierno; y además prepara para que el lector concluya sobre el carácter criminal del mismo al enumerar, a continuación, los fusilamientos que se sucedieron a partir del 10 de junio de 1956 hasta que el general Valle³ se entrega: "... seis hombres... a quienes se capturó sin resistencia, son fusilados en la Unidad Regional de Lanús..."; "El coronel Cogorno ... es ejecutado en los primeros minutos del 11... El civil Alberto Abadía, herido... es previamente *curado*. Recién el 12 al anochecer está maduro para el pelotón.". "Suman 27 ejecuciones en menos de 72 horas en seis lugares" (1994, p. 232-233).

Así, "a la luz del asesinato", el narrador construirá el retrato de la oligarquía dominante: los fusilamientos en el basural y las ejecuciones de los militares en los cuarteles después del alzamiento de 1956 forman parte de un mismo sistema; los fusilamientos, las torturas y asesinatos que los

³ Uno de los líderes del levantamiento cívico-militar de 1956.

precedieron y sucedieron no son hechos anecdóticos; son parte de la lucha de clases en la cual la oligarquía dominante necesita matar para legitimarse (1994, p. 299).

Vemos entonces que el autor ha comprendido la diferencia entre unas revoluciones y otras y ha construido un texto de tal manera que el lector también las distinga. Si en el "Provisorio epílogo" (1957) las metía a todas en un mismo costal, ahora diferencia a la de Valle: "Los militares de junio de 1956, a diferencia de otros que se sublevaron antes y después, fueron fusilados porque pretendieron hablar en nombre del pueblo: más específicamente, del peronismo y la clase trabajadora" (WALSH, 1994, p. 299). Todo esto despojado de adjetivación y con una sintaxis asertiva, pero de sentido diferente del de 1957, donde era usada para denunciar desde una perspectiva personal, ahora la mirada es desde la historia nacional, con lo cual, aunque el texto gana en poder de denuncia, pierde, tal vez, un poco su eficacia literaria.

Aquí, un nuevo recurso entra en escena como índice de distanciamiento del voluntarismo y acercamiento a una conciencia más militante: el sarcasmo. Ahora, la sintaxis asertiva es usada para burlarse de los asesinos. Los adjetivos y sustantivos elegidos evocan el propio discurso heroico de la clase dominante colocando el asesinato como una mera cuestión de temperamento.

"[...] que esa clase esté *temperamentalmente* inclinada al asesinato es una connotación *importante*, que deberá tenerse en cuenta cada vez que se encare la lucha contra ella. No para duplicar sus *hazañas*, sino para no dejarse conmovir por las *sagradas* ideas, los *sagrados* principios y, en general, las *bellas* almas de los verdugos." (1994, p. 300) [la bastardilla es mía]

En la edición de 1972 se mantendrá parte del epílogo de la de 1969 y se sustituirá la secuencia final, el "Retrato de la oligarquía dominante", por el capítulo 37, "Aramburu y el juicio histórico", que se puede leer como una ejemplificación, con nombre y apellido, de lo que antes se llamó en forma genérica "oligarquía".

Aramburu, que era presidente *de facto* cuando tiene lugar la "operación masacre", fue secuestrado, juzgado y condenado a muerte por un comando Montonero, en 1970. Secuestro y condena llevan al narrador a hacer un análisis y un balance de lo que significó el régimen de la llamada Revolución Libertadora para la historia del pueblo peronista, en particular, y del país, en general. El cambio de lugar del narrador se refleja, ahora, en la construcción de las causas de la ejecución de Aramburu mediante la indagación en la historia del país. La escritura, entonces, está despojada de toda referencia a lo personal y el texto se construye a la manera de una nota periodística, que consignando datos históricos, sociales y económicos.

El foco en la historia y el distanciamiento del narrador dan como resultado, en este caso, un texto concentrado en el que las ideas están organizadas según una lógica más cercana a la militancia política, pero que hace uso de las formas periodísticas: en el primer párrafo, en una oración, tendremos todos los datos: "cuándo", "quién", "qué", "dónde" y "por qué" Aramburu fue juzgado y condenado a muerte. A partir de ahí, leeremos un análisis sobre las repercusiones del hecho: qué significó para el pueblo y para la oligarquía, política e ideológicamente. El encadenamiento sistematizado de causalidades históricas para la muerte de Aramburu incluye un análisis económico y delimita las diferentes violencias: Aramburu, su gobierno y sus sucesores fueron ejecutores "de

una política de clase cuyo fundamento —la explotación— es de por sí antihumano y cuyos episodios de crueldad devienen de ese fundamento como las ramas del tronco...” (1994, p. 237).

Dije que el texto es concentrado y militante. Desde el principio se puede observar esta forma:

“El 29 de mayo de 1970 un comando montonero secuestró en su domicilio al teniente general Aramburu. Dos días después esa organización lo condenaba a muerte y enumeraba los cargos que el pueblo peronista alzaba contra él. Los dos primeros incluían “la matanza de 27 argentinos sin juicio previo ni causa justificada” el 9 de junio de 1956.” (1994, p. 235)

Aquí, es el orden elegido para recontar un hecho conocido de todos el que nos da la pauta del lugar del narrador en relación al mismo; ya no es necesario apelar al espanto del lector con impresiones personales ni con descripciones tremendistas. La primera oración comienza con la fecha “mítica”, que evoca la “epopeya popular del Cordobazo”⁴, y finaliza refiriéndose al secuestrado, que trae a la memoria los fusilamientos de 1956. Se repite, prácticamente, la misma estructura en la segunda oración y cierra el párrafo con una única frase que contiene los cargos, que así retoma y refuerza el recuerdo activado en la

⁴ En 1969, durante el gobierno de *facto* del general Onganía el descontento social era general, no sólo de la clase obrera, sino también de los comerciantes, de las pequeñas y medianas empresas, de los funcionarios y empleados del sector público, de los agricultores. “El 29 de mayo obreros y estudiantes unidos salieron a la calle. Sus organizaciones fueron rápidamente desbordadas por la violencia del motín. Ante la situación se dio intervención a las tropas. Entonces se produjo un levantamiento masivo en toda la ciudad [...] Los combates callejeros esporádicos duraron dos días, dejando un saldo de varias decenas de muertos. El gobierno no convenció fácilmente a la opinión pública de la tesis del complot extremista manipulado por agitadores extranjeros.” (ROUQUIÉ, 1998, p. 284-285).

primera oración. En el párrafo siguiente se repite el recurso a la historia; en dos oraciones el narrador nos comunica el nombre del comando, "Valle", cuándo fue ejecutado Aramburu y dónde se encontró el cadáver: El comando llevaba el nombre del *fusilado* general Valle. Aramburu fue *ejecutado* a las 7 de la mañana del 1º de junio y su cadáver apareció 45 días después en el sur de la provincia de Buenos Aires. (1994, p. 235) [la bastardilla es mía]

El nombre del comando al lado de la noticia de la ejecución refuerza la relación histórica anticipada en el título. Observemos, además, la elección de las palabras "fusilado" para Valle y "ejecutado" para Aramburu. "Ejecutado" lleva implícita la idea de cumplimiento de una condena; "fusilado", no. Aunque ambos, Valle y Aramburu, hayan sido juzgados y condenados, en la elección de estas palabras con connotaciones distintas, está indicada la diferencia de cargos contra los acusados y también la diferencia de "jueces" y procedimientos. En esta elección de palabras está implícita la retórica de la lucha de clases que representan ambas muertes. Dicha retórica se hace más patente cuando el narrador comenta las diferentes repercusiones que tuvo la muerte de Aramburu:

"El episodio sacudió al país de distintas maneras. El pueblo no lloró la muerte de Aramburu. El Ejército, las instituciones, la oligarquía elevaron un clamor indignado. Entre los centenares de protestas y declaraciones hay una que merece recordarse. Califica el hecho de 'crimen monstruoso y cobarde, sin precedentes en la historia de la República'"⁵. (1994, p. 235)

⁵ Declaración firmada, entre otros, por el coronel Fernández Suárez, el que dio la orden de fusilamiento en 1956 (p. 236).

“Sacudió”, “clamor indignado”, “crimen...”, dan la dimensión de cómo la oligarquía y sus cómplices se refieren a sus muertos; en contraposición, la única oración para “el pueblo” se destaca “entre los centenares de protestas y declaraciones” y evoca, con un único verbo, “llorar”, las manifestaciones multitudinarias por la muerte de Eva Perón. Así, la forma elegida para reconstruir la repercusión del hecho resiste, por la ironía, a la retórica en el poder.

El narrador encuentra finalmente una causa para la condena de Aramburu: el encuadre histórico, político y económico le dan la respuesta:

“Quince años después será posible hacer el balance de esa política: un país dependiente y estancado, una clase obrera sumergida, una rebeldía que estalla por todas partes. Esa rebeldía alcanza finalmente a Aramburu, lo enfrenta con sus actos, paraliza la mano que firmaba empréstitos, proscripciones y fusilamientos.” (WALSH, 1994, p. 238)

Como dije más arriba, las diferentes partes de *Operación masacre* no cambian pues los fusilamientos y la actitud del Estado frente a ellos no han cambiado. No así la perspectiva del autor-narrador, que ha conseguido establecer una conexión histórica entre una muerte y las otras. Y por eso, aunque la forma como la novela fue concebida desde un principio —con la intuición de lo desproporcionado entre el acto de participar en un alzamiento y el castigo infringido a las víctimas— permanezca inalterada, han cambiado las estrategias para interpretar la “tragedia”. Así, *Operación masacre*, su escritura, aparece como prueba de que la violencia del Estado no fue casual, y como prueba de la imposibilidad de reestablecer el equilibrio perdido, de volver a “las suaves, tranquilas estaciones”⁶.

⁶ Esas palabras son la traducción que el propio autor hace del epígrafe de T. S. Eliot, que aparecía en la primera edición de *Operación masacre*.

Resumo: O objetivo deste trabalho é comentar os epílogos de cada uma das edições de *Operación masacre* (1957, 1964, 1969, 1972) de Rodolfo Walsh e mais um capítulo, o 37, "Aramburu y el juicio histórico" (1972), tendo como base teórica as reflexões sobre as relações entre literatura e testemunho. A opção por pensar cada um desses capítulos como parte da mesma seqüência se deve a que é aí onde melhor pode se acompanhar o percurso que indica uma convergência entre as instancias do narrador, do autor y do cidadão.

REFERENCIAS

AGAMBEN, Giorgio. *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia, Pre-textos, 1998.

DE MARCO, Valeria. "A literatura de testemunho e a violência de Estado". Em: *Revista Lua Nova*. Número 62, 2004, São Paulo. pp. 45-68. Se puede encontrar una versión electrónica de este artículo en <http://www.scielo.br/pdf/ln/n62/a04n62.pdf>

LUKÁCS, Georg. *A teoria do romance*. São Paulo, Editora 34, 2000.

ROUQUIÉ, Alain. *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Vol I y II. Buenos Aires, Emecé, 1998.

WALSH, Rodolfo. *Operación masacre. Edición definitiva con un prólogo de Osvaldo Bayer*. 5ª edición. Buenos Aires, Planeta, 1998.

_____. "Nota autobiográfica". En: *Textos de y sobre Rodolfo Walsh*. VV.AA. *Textos de y sobre Rodolfo Walsh*. Editor Jorge Lafforgue, Buenos Aires, Alianza editorial, 2000.